



**JULIÁN SERNA**, *Las apuestas perdidas de Occidente*. Universales, inmortalidad y culto al presente, Anthropos, Barcelona, 2011, 190 pp. ISBN 978-84-7658-992-2.

Los conflictos religiosos que siguen todavía aconteciendo en sociedades y Estados democrático-liberales han llevado a algunos de los grandes pensadores políticos a idear una articulación de la vida jurídica y civil en la que queden asimiladas las “doctrinas comprensivas”, insistiendo en que la manifestación pública de las mismas se regule y tenga arraigo en instituciones sociales. En *Political Liberalism*, obra publicada por J. Rawls en 1993, encontramos el propósito, entre otros muchos que parece haber cumplido, de encontrar “ideas de bien” que lleguen a ser compartidas por todos, en una sociedad democrática y liberal, gracias a su vinculación con las necesidades que han de cubrirse políticamente. La situación actual de Europa y América, en cuyos Estados son vigentes mayoritariamente gobiernos democráticos, se ve afecta todavía por el enfrentamiento que mantienen tales continentes con algunas de las importantes ideas religiosas que formaban parte del *humus* de gobiernos que constituyen la tierra sobre la que aquéllos han crecido. Son raíces en las cuales ha brotado el modo en que hoy se concibe políticamente la religión.

Si bien es cierto que el conflicto entre religión y política ha acompañado a la cultura que nació con la concepción griega de la *polis* y con aquellas otras culturas –como la egipcia– cuya influencia ideológica todavía siente, el pensamiento político griego fue haciéndose eco de la extensión que tuvo el profetismo judío en la fe cristiana, cuya recepción romana influiría en la sistematización jurídica canónica de la que beberían los pensadores políticos que desarrollaron su pensamiento a comienzos de la Edad Moderna. Nos identificamos todavía con el tipo de existencia en que quedaron los países occidentales tras las Guerras de religión de la primera mitad del siglo XVII y con el pensamiento que brotó en aquel cúmulo de situaciones vividas dentro de un marco político que empezaba a nacer.

La obra que nos presenta J. Serna, con el título *Las apuestas perdidas de Occidente*, rastrea los puntos cardinales que nos permiten comprender la actual situación de las sociedades contemporáneas a la que hemos aludido. Centra su atención en lo que la filosofía griega, el cristianismo y la existencia política moderna han legado y proporcionado a la constitución de una concepción del tiempo que se ha “simplificado”, a riesgo de caer en una profunda aporía. Esta “simplificación” habrá de explicarse mediante la ligazón entre la idea de eternidad griega, la de inmortalidad cristiana y, entendidas todas como *apuestas perdidas*, la de presente absoluto.

Serna realiza en el primer capítulo un acopio del significado de “tiempo” que aparece con múltiples designaciones en la Grecia clásica. El tiempo lineal, el tiempo de la física, es discutido desde la perspectiva del “nosotros” y del lenguaje (p. 16 ss.). También discute a este propósito el significado que tiene la escritura lineal, a la que vincula con la concepción lineal de la historia.



Se detiene en el segundo capítulo en la “apuesta por la eternidad” griega que hemos mencionado: la eternidad es entendida en la mentalidad griega como un tiempo sin comienzo. Serna repara en los procesos de alfabetización y en las connotaciones filosóficas de la lengua griega. La idea del tiempo lineal está sujeta a la de “causalidad lineal” (p. 33) y, ambas, formando parte de una misma visión, son falacias de la edad de la escritura, una edad en la que además se introducen en el lenguaje mutaciones gramaticales que conllevan el “esencialismo y universalismo”, presentes en las obras de Platón y Aristóteles (p. 31). La concepción del tiempo se refleja en este periodo en los cambios de la descripción lingüística y viceversa (p. 36).

Serna dedica una cantidad de espacio considerable a desarrollar la génesis y desarrollo de la idea de inmortalidad en el capítulo tercero, con el fin de mostrar las consecuencias que tiene tal idea en la uniformización cristiana del tiempo. Dos tercios de *Las apuestas perdidas de Occidente* están dedicados a un cuidadoso análisis de los tránsitos históricos que han hecho fraguar y grabar en la memoria de Occidente la figura del predicador de Galilea, tratando de no perder la perspectiva que ha aportado el descubrimiento y la edición del *Toledoth Yeshu* (la genealogía de Jesús –p. 56). La idea de inmortalidad, pues, ocupa gran parte de la crítica de Serna a la noción de tiempo que ha tenido lugar tras el devenir del cristianismo como religión institucionalizada. La doble versión que se ha dado del predicador galileo según la prevalencia de los estudios históricos o los religiosos, esto es, la aceptación de Cristo (Χριστός) como figura histórica o como mesiánica, ha constituido, desde la redacción de los Evangelios a partir del año 70 de nuestra era, una disputa constante cuando se ha tratado de elaborar una idea unitaria de los orígenes de la “doctrina” cristiana.

El rechazo judío de la figura del “falso Mesías” no tenía exclusivamente implicaciones escatológicas y teológicas, sino también morales; con la interiorización de la ley que había aclamado el mensaje evangélico se llegaba a situar el reino de Dios como un fin tan sólo alcanzable por la mediación del “interior” del individuo (p. 77). De este modo, al pensar la realidad de la finitud de la vida humana desde lo que la libertad interior puede realizar frente al cumplimiento de la ley divina, el conflicto entre judaísmo y cristianismo no se apaciguaría.

La creencia en la inmortalidad del alma, asociada (erróneamente, como muestra Serna) a la misión del Jesús de la fe y cuestionada por los estudios sobre el Jesús histórico, quien es descrito en el evangelio de Juan como el “Hijo de Dios” y como Dios mismo, no era una creencia que hubiese nacido con el propio Jesús y confirmada por los hechos sobrenaturales narrados en los escritos del Nuevo Testamento (p. 65). Será con la predicación de Pablo, “apóstol de los gentiles”, y con el nacimiento de la iglesia evangélica cuando el cristianismo cobrará una dimensión religiosa propia al establecer su visión de la inmortalidad del alma. La traslación del mensaje del Sermón de la Montaña, fuese mítico o histórico, al mensaje instituido por el cristianismo paulino, por el debate cristianismo-gnosticismo en torno a la apocalíptica judía y por la posterior teología cristiana desarrollada hasta fines de la Edad Media, contribuyó eficazmente a superponer sobre aquel originario mensaje del Mesías judío la idea de salvación, idea que destruiría a la propia iglesia tras la Reforma luterana al imponer una concepción del tiempo terrenal como mero tránsito hacia una vida en el reino de los cielos. Tanto el “evangelio de la cruz”, sobre el cual, según J. D. Crossan, se han basado los relatos sobre Jesús redactados por los apóstoles, como el *Toledoth Yeshu*, confirman excesivos pasos en falso dados con respecto a la moral evangélica, sufriendo ésta así un parricidio mesiánico. La *Didaché* y *El Pastor*, el primero perdido y el segundo poco conocido, son textos que proporcionan comprensión sobre la transformación del mensaje



oral del predicador galileo en empresa de salvación (p. 116). La “democratización de la inmortalidad” había sido cosa del cristianismo paulino; “Jesús no fue cristiano, no fundó religión alguna” (p. 121). El problema de la aspiración cristiana a la inmortalidad del alma consiste en que, al igual que sucede con la idea de eternidad griega, se impone una sola concepción del tiempo que impide que éste sea visto como un fenómeno multidimensional. La noción de tiempo se reduce tanto como se engrandece la idea de eternidad o la de inmortalidad.

En la idea de “culto al presente”, expuesta en el cuarto capítulo, tan desvinculada en principio de la idea de inmortalidad y la de eternidad, es posible ver, sin embargo, una similitud clara con éstas: su prevalencia frente a cualquier miscelánea del tiempo. La desvinculación de las tres ideas del tiempo a la que aludimos es sólo en apariencia: cuando se relativiza la vida y se le confiere un valor como medio para alcanzar un fin mayor, entonces en ella, en tanto que *nada vale*, todo vale. La propia idea de inmortalidad entra en crisis por la lógica vital que ha traído: “el dinero por el dinero, el poder por el poder, socavan las expectativas de futuro, del futuro-presente, en particular, bajo el signo de la racionalidad instrumental” (p. 161). Es en la actualidad, en las sociedades gobernadas por las exigencias de la supervivencia económica, donde el tiempo equivale a la apuesta por el presente absoluto; el individuo transforma el tiempo en “tiempo vegetativo” (p. 173).

Con la construcción de la filosofía metafísica griega, con la distinción pasado-presente y presente-futuro, que la Biblia impone al reunir Antiguo y Nuevo testamento y al desplazar el reino de los cielos más allá de esta vida, y con la “anulación del futuro a favor del presente” (p. 165) sucede por partida triple la simplificación del tiempo en Occidente. La propuesta de Serna, que había sido avanzada en el primer capítulo y es desplegada sucintamente en el quinto y último, consiste en concebir al tiempo dinámicamente, frente al tiempo de la física y el de las simplificaciones que hemos visto, comprendiéndolo a partir de la idea de pluralidad, simultaneidad y emoción.

*Víctor Páramo*